

# UNA PROMESA CUMPLIDA

Por Sharon Boucher

EL MEDICO se volvió, y señalando con su dedo a Everett, dijo:

—Sra. Beddoe, Ud. debe vigilar a este joven.

No era que Everett estaba planeando hacer algo malo, sino que el médico quería advertir con eso a la madre que vigilara a su hijo, porque de toda la familia, era el que correría el mayor peligro de contraer tuberculosis.

Varios de los parientes de Everett, tanto del lado paterno como materno, habían muerto de esa enfermedad. Y ahora él, su madre, sus hermanos y hermanas estaban rodeando el lecho donde moría su padre de esa terrible dolencia.

Hace sesenta años los médicos sabían muy poco de esa afección y de cómo ayudar a sus víctimas, y la mortalidad causada por ese mal era muy alta. El médico de los

Beddoe había sugerido que un clima más benigno que el que ofrecía el Estado de Misuri podría ayudar al enfermo. De manera que la familia se había mudado al valle de Napa, situado en la sección norte del Estado de California, Estados Unidos. Pero la salud del Sr. Beddoe no mejoró.

Durante la enfermedad de su esposo, y después de su muerte, la Sra. Beddoe dependió cada vez más de la ayuda de Everett, primero para atender el negocio que tenían y luego, la granja. Everett, como era el hijo mayor, sentía la responsabilidad de velar por el resto de la familia. Aunque le gustaba estudiar, abandonó la escuela para entregarse de lleno al trabajo que consideraba su primera obligación. Y se dedicó con tal empeño a su trabajo que hasta se olvidó de la advertencia que el médico les había hecho. Pero después de algunos meses de largas horas de trabajo arduo, Everett notó que le costaba respirar. Sentía continuamente como un frío en los pulmones.

Un día en que había estado expuesto a la lluvia durante casi todo el día, sintió de pronto un dolor agudo en el pecho que casi no lo dejaba respirar. Se sintió tan mal que quiso estar solo. De modo que se dirigió a su cuarto. En eso lo asaltó el pensamiento: “Tengo tuberculosis y moriré como mi padre, con la diferencia de que no duraré tanto tiempo como él, sino que me iré más rápido”.

Ese pensamiento lo aterrorizó.

Recordando cuán poco pudieron hacer los médicos para ayudar a su padre, se dio cuenta de que no le quedaba mucha esperanza. Entonces resolvió hacer algo. “Pediré a Dios que me sane” se dijo, y con toda humildad se dirigió al Médico que conoce todas las enfermedades.

Se arrodilló entonces junto a su cama, confesó sus pecados y pidió perdón por su vida descuidada.

Luego rogó a Dios que lo sanara.

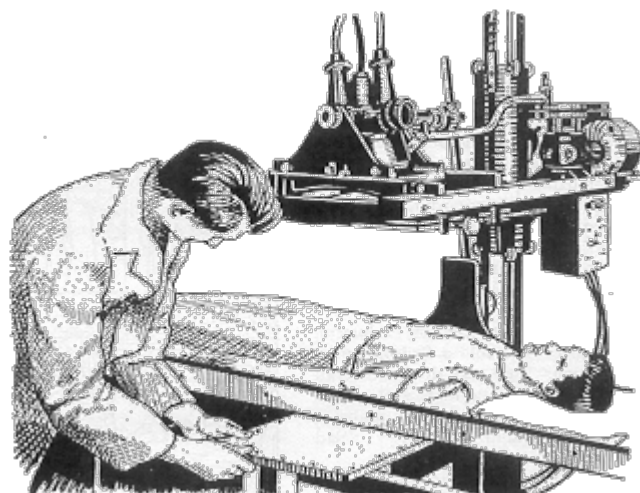
“Señor, si me sanas, haré lo que tú quieras que haga”, prometió a Dios.

En una ocasión anterior Everett había tomado la resolución de servir fielmente a Dios durante toda su vida, pero en ese momento quería decirle al Señor que, con su ayuda, estaba dispuesto a emplear su fuerza renovada para hacer cualquier cosa que él le pidiera.

Cuando Everett se levantó de orar, el dolor agudo que había sentido en el pecho había desaparecido. Podía respirar sin dificultad. Echando los brazos hacia atrás, expandió el pecho y respiró profundamente. No sintió ninguna molestia. Entonces se arrodilló de nuevo y agradeció a Dios por lo que había hecho por él. Sus pulmones nunca más volvieron a molestarlo.

Después de un tiempo le fue posible regresar a la escuela secundaria y más tarde fue al colegio, donde se preparó para el ministerio. Al poco tiempo se casó con una enfermera. Entonces les llegó la invitación para ir como misioneros a la República de El Salvador, América Central. Everett no se había olvidado de la promesa hecha al Señor, de modo que sin vacilar, juntamente con su esposa, aceptó la invitación, e inmediatamente comenzaron los preparativos para ir al campo misionero.

Pero antes de salir debían llenar un requisito muy importante. Tenían que someterse a un examen médico general, completo. El examen se hizo en el Hospital White Memorial, de Los Angeles. Para el



examen de los pulmones le pidieron a Everett, que entonces va era el pastor Beddoe, que se sentara en un taburete. El examen lo realizaban tres estudiantes de medicina, que estaban terminando su carrera. El primero de los jóvenes se acercó al pastor Beddoe y le examinó los pulmones, auscultando con el estetoscopio mientras le golpeaba suavemente con la yema de los dedos en distintas regiones del pecho de la espalda. Pero al llegar a cierta zona del pulmón derecho, se mostró preocupado, pues había escuchado un sonido que no le gustó.

—Respire hondo y deje salir el aire lentamente —le indicó el joven al pastor Beddoe y escuchó atentamente por el estetoscopio.

—Respire hondo otra vez —le pidió nuevamente, y volvió a escuchar.

—¿Tose alguna vez? —le preguntó luego

—No —respondió el pastor Beddoe.

—¿Tiene flema de vez en cuando?

Nuevamente, la respuesta fue negativa, pero el estudiante insistió:

—¿Nada de flema? ¿Ni siquiera un poquito de vez en cuando?

El pastor Beddoe sólo pudo contestar que no. Entonces el estudiante escribió algo en su anotador.

El segundo estudiante de medicina procedió luego a examinar al pastor Beddoe. Cuando llegó a la zona crítica que había preocupado al anterior, se detuvo y le pidió al pastor Beddoe que hiciera otra respiración profunda. Luego escribió algo en su anotador.

El tercer joven practicante de medicina, cuando examinó al pastor Beddoe se detuvo también en la misma zona del pulmón derecho. Estaba preocupado. Apretó cuidadosamente el pecho del pastor Beddoe le dio unos golpecitos en la espalda, y al mismo tiempo escuchó atentamente por el estetoscopio. Y él también escribió algo en su anotador.

Los tres estudiantes de medicina resolvieron llamar a otro grupo de tres practicantes como ellos, cada uno de los cuales examinó cuidadosamente al pastor Beddoe. Entonces llamaron al profesor.

El profesor un médico de muchos años de experiencia, procedió a examinar al pastor Beddoe.

—Respire hondo —le pidió. Luego dio unos golpecitos en la espalda y escuchó. Volvió a escuchar y a dar unos golpecitos y a escuchar de nuevo. Entonces, dirigiéndose a los estudiantes de medicina, les dijo:

—En este caso, o se trata de un proceso activo de tuberculosis del pulmón o hay allí un tejido de cicatrización en el lugar donde hubo anteriormente una afección tuberculosa pero que ha sanado. Para mí, se trata de tejido de cicatrización. Llénlo a la sala de rayos X y veremos de qué se trata.

Al día siguiente el pastor Beddoe regresó al hospital para saber el resultado de la radiografía.

—Ud. tiene suerte —le dijo uno de los practicantes que lo había examinado el día anterior—. Una vez su pulmón estuvo seriamente afectado de tuberculosis, pero por alguna razón, la naturaleza sanó la herida lo que ahora tiene en ese lugar es un gran parche de tejido de cicatrización.

El pastor Beddoe sabía que eso no se debía a la suerte. Ni tampoco era el resultado de la obra lenta de la naturaleza. Sí, la naturaleza había hecho la reparación, pero en forma instantánea como resultado de la intervención divina.

Poco tiempo después el pastor Beddoe y su esposa viajaron a El Salvador, y se sentían muy felices y agradecidos a Dios, porque Everett había podido cumplir su promesa en esa forma.